

BOLETIN DE VETERINARIA,

PERIODICO OFICIAL

de la Sociedad Veterinaria de Socorros mútuos.

RESUMEN. *Real orden para la reválida de herradores.—Homeopatía.—Moral veterinaria.—Tumores huesosos en las mándíbulas del ganado vacuno y modo de curarlos.—Aclaraciones homeopáticas.*

Real orden permitiendo la reválida de herradores.

MINISTERIO DE COMERCIO, INSTRUCCION Y OBRAS PUBLICAS.—
INSTRUCCION PUBLICA.—*Negociado 4.º*.—Accediendo S. M. la Reina (Q. D. G.) á una instancia que han elevado varios jóvenes que á la publicacion del real decreto de 19 de agosto último se se hallaban cursando por pasantía para examinarse de herradores; ha tenido á bien hacer extensiva á estos la gracia concedida á los alumnos albeítas y albeítas herradores de continuar presentándose al exámen de reválida ante las subdelegaciones de veterinaria de las provincias, en la forma hasta el dia acostumbrada durante todo el presente año escolar; pasado cuyo término no se dará curso á ningun expediente de esta naturaleza. De real orden lo digo á V. S. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 4 de enero de 1848. Bravo Murillo. — Sr. Director de la escuela superior de veterinaria.

Quien tiene facultad para mandar una cosa puede derogarla si le pareciere; mas esto no evita que se examine y censure si es justo y equitativo, ó injusto, poco razonable y perjudicial.

La separacion de la parte científica del herrado de la

totalidad de la ciencia veterinaria; la existencia aislada de los simples herradores y la clase de gente que á ella se dedica en general, ha sido, es y será la causa mas potente del estado de desprecio, de denigracion y de abandono con que se ha mirado, tenido y considerado á tan útil como indispensable ciencia. Los herradores, y nada mas que los herradores han cometido y cometen todo género de bajezas, han sembrado la desolacion y el espanto en los pueblos, han vilipendiado á la veterinaria, porque sobrepasando las facultades que el título les concede, y desconociendo el honor facultativo, se han hecho despreciables para todo hombre que reflexiona.

Todo esto habia afortunadamente desaparecido por el real decreto de 19 de agosto último; pero la época de ventura que se presentaba ha quedado eclipsada por nueve meses. No hay mas que conformarse. Los que acudirán á examinarse es seguro que serán innumerables, en razon de que con poco tiempo de práctica y menos estudios, se encontrarán con un título para poder ejercer todas las partes de la ciencia; pues aunque la ley se lo prohíbe, pocos ignoran lo que son los pueblos y los abusos que en estos se consienten, los cuales son mas en veterinaria que en medicina, y eso que en la última son infinitos. Repetimos que no hay mas remedio que la paciencia unida á la obediencia.

N. C.

HOMEOPATIA.

La doctrina médica homeopática tiene por base el axioma proclamado por Hahnemann: « Las enfermedades pueden ser curadas con suavidad, sin incomodidad y completamente por pequeñas dosis de sustancias que tengan la propiedad de producir en el individuo sano síntomas semejantes á los suyos. »

La fuerza curativa de las medicamentos homeopáticos se funda por lo tanto en la propiedad que tienen de dar origen á síntomas semejantes á los de la enfermedad, que sobrepase en fuerza á estos últimos; de lo que se deduce que la enfermedad no puede ser detenida en su marcha

ni curada de un modo cierto, seguro, radical, rápido y durable sino por medio de un medicamento capaz de desarrollar el conjunto de síntomas mas parecido á la totalidad de los que aquella presenta, y al mismo tiempo dotado de una energía superior á la que ella posee. De aqui el otro axioma: «*similia similibus curantur*,» constituyendo el *método curativo específico, directo*, en oposicion al en que tiende á producir ó provocar en el individuo afectado una enfermedad de diferente naturaleza, cuya presencia anonada, modifica ó neutraliza la principal y que se ha denominado *método derivativo, antagonista ó alopático*, es decir, el medio de curar por la influencia de otra especie de alteracion; y en oposicion tambien al en que se emplean medicamentos de efectos opuestos á los principales síntomas de la enfermedad, y los minora por remedios y medios que producen fenómenos diametralmente opuestos á ellos, y que se llama *método antipático*, en el cual se funda el axioma opuesto al homeopático «*contraria contrariis curantur*.»

La naturaleza misma del método homeopático, que produce una agravacion pasagera de los síntomas, debia imponer gran reserva en la cantidad de las dosis que debian administrarse. La necesidad de una exactitud rigurosa en el aprecio de las cantidades le surgió á Hahnemann la idea de mezclar las sustancias medicinales con una materia neutra que, aumentando el volúmen, hiciese mas facil la division. Asi una gota del jugo de una planta, mezclada íntimamente con 99 gotas de alcohol, da una preparacion cuya gota contiene una 100.^{ma} de gota del medicamento. Una de estas gotas mezclada de nuevo con 99 gotas de alcohol lleva la division á la 10,000.^{ma}, y así sucesivamente, como espondremos con mas estension al tratar de la preparacion de los medicamentos homeopáticos y modo de recetar en este sistema médico.

Solo nos limitamos ahora á decir, que este modo de preparacion condujo á Hahnemann á un descubrimiento, que consistió en que el acto de quebrantar, disgregar las sustancias secas ó de remover las sustancias líquidas para verificar la mezcla de unas con otras, desenvuelve y au-

menta la energía de sus propiedades medicamentosas, de tal modo que la disminucion de su fuerza activa no es, ni con mucho, proporcionada á la reduccion de su cantidad. Guiado Hahnemann por la esperiencia, despues de haber observado efectos nocivos producidos por los medicamentos poco atenuados, segun la naturaleza de la enfermedad ó el temperamento del individuo que la padecia, llegó, por reducciones sucesivas, á las dosis infinitesimales que ahora se prescriben.

El sistema á que nos referimos no debe su origen á la imaginacion del hombre, ha nacido, segun los homeópatas mas acérrimos, de la observacion de los hechos, y su desarrollo progresivo y lento solo tiene por guia la esperiencia. Tratar y hablar del principio de la homeopatía es hacer la historia de su supuesto fundador.

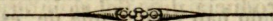
Cuando Hahnemann tradujo en 1790 la materia médica de Cullen, le satisficieron tan poco las hipótesis por las que se intentaba explicar la fuerza febrífuga de la quina, que se decidió para aclarar la cuestion á hacer con este medicamento ensayos en sí mismo, cuya esperiencia dió origen á la doctrina homeopática.

Observó que la accion propia de la quina sobre el hombre sano producía una fiebre intermitente muy análoga á la que este remedio cura, y que ademas desarrollaba una serie de síntomas que no se citaban en las farmacognosias. Deseoso de saber si la propiedad febrífuga de la quina era esclusiva de ella, para producir una afeccion semejante, ó si otros medicamentos daban resultados idénticos, comenzó por hacer experimentos en sí y en otros amigos que ansiaban cooperar á sus trabajos, quedando recompensados de sus incomodidades por los descubrimientos que lograron.

Renunciando desde entonces al inquirimiento, siempre hipotético, de la causa esencial y oculta de cada enfermedad, se fijó en la observacion de los hechos apreciables, es decir, de los síntomas, empleando para combatirlos los medicamentos cuyos efectos comprobados tenian con ellos la mayor analogia. Los buenos resultados coronaron sus tentativas: obtuvo curaciones seguras, completas y felices.

Habiéndose hecho públicos dichos resultados, se dedicaron multitud de profesores á cerciorarse de su realidad, tanto médicos como veterinarios, defendiendo unos la certeza y método seguro de la curacion de las enfermedades, poniendo otros en duda método tan sorprendente, y rebatiendo algunos doctrina tan nueva como extraordinaria.

En lo espuesto consiste el sistema de la homeopatía, espresado de un modo muy lacónico, pero que necesita de desarrollos mas ámplios para su verdadera y exacta inteligencia. Sin embargo, antes de aprobar ó desechar un sistema, antes de criticarle ó ensalzarle, y antes de adoptar lo que tenga de útil y ventajoso, es de absoluta necesidad darle á conocer completamente, y he aqui por que en este artículo, y en otros que en lo sucesivo vayamos publicando, nos limitaremos á la esplicacion de la doctrina, para que con conocimiento de causa y con datos irrevocables adoptemos ó desechemos en totalidad ó en parte el mencionado sistema que tanta revolucion ha hecho en la práctica de la medicina humana y veterinaria, aunque mas en la primera que en la segunda.=N. C.



LA MORAL VETERINARIA.

ARTICULO XII.

De las obligaciones del profesor para con los enfermos y los que los cuidan.

Ademas de todas las cualidades que deben adornar á los profesores y de los que ya nos hemos hecho cargo en otros artículos, falta que esponer otras no menos interesantes y de los que nos iremos haciendo cargo en los números siguientes.

El *candor* la *veracidad* y la *prudencia* son cualidades, que si bien deben ser comunes á todos los hombres que viven en sociedad, forman en el profesor de una ciencia uno de sus mas bellos y útiles adornos, porque estas cualidades estan continuamente en juego sea cualquiera la circunstancia en que pueda encontrarse un profesor instruido.

Hay muchos hombres que se olvidan facilmente de aquella fé que los debe poner en consonancia de los deberes morales

y los hace incapaces de poderse convencer fácilmente y reconocer sus errores para poderlos rectificar; y esto sucede por un amor propio demasiado subido y poco meditado que naturalmente se incurre en la creencia é infabilidad de un sistema que hace tener un obstinado apego á un método curativo que no presenta sucesos favorables; error tanto mas difícil de curar, cuanto tiene precisamente su asiento en una crasa ignorancia y es la falta de candor. En muchos profesores, la verdadera sabiduría y la ventaja de un discernimiento claro los conduce fácilmente á una extrema desconfianza, y una gran humildad, que aunque son incompatibles con el amor propio sin embargo son perjudiciales al profesor; así se observa comunemente, que hay muchos, que con poca ciencia hacen mas que otros con mucha y sacan mas partido porque á los conocimientos de su facultad añaden el estudio de las pasiones del corazón de los hombres con quien tienen que tratar. También hay profesores que reconocen fácilmente sus errores, pero son demasiado orgullosos, no solamente para confesarlos sino para corregirlos, particularmente si es algun comprofesor el que los ha echado de ver y los descubre, y este defecto bien incompatible con la verdadera dignidad de una alma grande ha sacrificado muchos millares de animales y puede sacrificar muchas. La historia de los hombres grandes nos recuerda que los ha habido tan candorosos que han confesado á la faz del mundo sus errores cuando han creido que de esta confesion podia depender la salvacion de uno ó de muchos individuos, y esto lo hicieron con mucha frecuencia Galeno y el grande Hipócrates, y creemos nosotros que á imitacion de estos dos sabios no hay dificultad en confesar el defecto que se haya podido cometer al practicar una operacion quirúrgica ó bien el error en la curacion de una enfermedad grave. Estamos muy convencidos, que en los errores de los unos, aprenden los otros, y estas reflexiones en las que se apoya un noble ejemplo, deben tambien escitar al profesor instruido y honrado á proceder siempre con buena fé, y desempeñar su ministerio con la franqueza e ingenuidad dignas del mismo, confesando abiertamente aquellos errores, cuya manifestacion fuese conveniente á la salvacion de un enfermo, y á la ilustracion de otros profesores ó discípulos.

El profesor candoroso y veraz odiará siempre la detestable costumbre de mentir, costumbre, que es propia de almas envilecidas y bajas y de las que viven en una sociedad corrompida y postergada y puede decirse que este vicio no puede perdonarse ni aun á los esclavos en los pais s donde aun existen.

Pitágoras decía que Dios habia concedido á los hombres dos dones preciosísimos, la verdad y la beneficencia, y que ambas cosas podian compararse con las obras de los dioses inmortales.

No hay duda que el profesor que posea el don precioso de la beneficencia en alto grado y se esfuerce en obtener la verdad y discorra filosóficamente sobre todo cuanto haga relacion al ejercicio de su profesion podrá indudablemente compararse con los dioses de Hipócrates. La veracidad sin duda recomienda y ennoblece al facultativo á los ojos de los dueños de los animales, y esta prenda inestimable si bien no puede ejercerse en algunas ocasiones por circunstancias agravantes la simulacion solo deberia tener lugar bajo ciertas condiciones pero siempre en provecho de los resultados de la ciencia.

El facultativo adornado de la veracidad y sinceridad no se someteria nunca á hacer vanas promesas siempre que desde luego conozca la imposibilidad de poderlas realizar, cuidando religiosamente de no imitar á los charlatanes y curanderos que engañan á todo el mundo con sus pomposas y magnificas ofertas; pues como el comportamiento de un buen profesor no puede provenir como en estos de la codicia ó de la ignorancia, pues debe estar libre de ambas no prometerá de consiguiente la curacion de los males incurables, ni dará por facil y pronto el alivio de los que son difíciles de curar, ni encomiará la virtud de los medicamentos que no la tienen ó que se ignoran, ni hará grande alarde de su erudicion y saber ó de su felicidad en curaciones, maravillosas y mucho menos aun entre personas de poca ó ninguna instruccion y cultura. No hay inconveniente en que un profesor asegure con toda su buena fé todo lo cierto; pero deberá negar lo incierto y esponer ciertas cosas como dudosas, y presentará siempre sus conceptos y resoluciones con un aire de sinceridad que manifieste ser propia de su ánimo y conviccion, ánimo por el que debe hacer entender que está libre y exento de la codicia, vanidad, envidia ó de otra pasion igualmente vil y despreciable.

El verdadero y hábil profesor que tantos motivos tiene de conocer á cada paso su triste y lamentable importancia, no debe confesar muchas veces los limites del arte ante quien no es capaz de conocerlo, pues la dificultad de la curacion de una enfermedad, la ineficacia de los remedios, la magnitud del mal que se propone combatir y hasta la propia insuficiencia para curarlo, son secretos que pertenecen esclusivamente á la ciencia y solo pueden consultarse y manifestarse ante otros profesores de buen juicio y de opinion reconocida.

Todos los facultativos sinceros y verídicos saben por los principios de la ciencia que nunca debe exagerarse la gravedad de un mal que en la realidad sea de poca importancia y transcendencia; porque al facultativo que no obre de este modo se le puede decir que su conducta es vituperable, y mucho mas si envuelve el designio de darse de este modo mayor importancia, aparecer mas instruido, y hacer creer que con su pericia ha sacado de las garras de la muerte á los enfermos. Esta depravada conducta, que por desgracia la observan muchos, redundan en perjuicio de los mismos que depositan en ellos su confianza porque los enfermos se empeoran, se dejan de aplicar los verdaderos remedios y se pierde un tiempo precioso para conseguir un resultado feliz.

Por la misma razon que acabamos de esponer, creemos, que un profesor ingenuo y veraz no debe tampoco disminuir la gravedad del mal cuando esto sea ó conozca que es de un caracter peligroso; aunque al principio parezca leve; porque son muchas las causas que agravan el estado de las enfermedades hasta el punto de acabar con la vida de los enfermos, y entonces hay suficientes motivos para reconvenir al profesor y acusarle de ignorante, en el conocimiento de la enfermedad, de lijero y precipitado, si no se le acusa de interés y codicia, como suele suceder, y todo esto acaba en poco tiempo con la reputacion mas bien adquirida, lo que debe evitarse á toda costa. Para evitar todas estas malas consecuencias, los profesores instruidos y honrados, deben manifestar siempre á los dueños de los enfermos, la magnitud y gravedad de las enfermedades en los términos convenientes segun los diversos casos, con cuya manifestacion podrá salvar á los enfermos y el honor de la facultad, y cumplirá con su propia conciencia.

Apesar de todo lo que llevamos dicho, hay sin embargo algunos casos en que el facultativo mas ingenuo y veraz no podrá y aun deberá ocultar mas ó menos la verdad siempre que redunde en beneficio de los enfermos, aunque puede asegurarse que si bien estos casos son y deben ser frecuentes en la medicina humana por la calidad de los enfermos, en la veterinaria pueden referirse á los asistentes de los enfermos que está casi siempre su suerte asi como la del soldado en la mano del profesor, si declara las faltas que hayan cometido, ya sea dando lugar al desarrollo de las enfermedades, ó bien al mal éxito de la curacion por sus habituales y frecuentes descuidos é imprudencias.

Todo lo que llevamos dicho dará á conocer que como todas las cosas humanas deben tener sus justos límites, el profesor

debe arreglarse á ellos y conocerse que no conviene tampoco dar demasiadas esperanzas á los dueños de los enfermos, porque en este caso se descuida naturalmente la aplicacion de los remedios mandada observar, se cometen faltas graves en el régimen dietético, y por último suele desgraciarse un enfermo por causas que no dependen del profesor, pero sin embargo la culpa y el disgusto recaen en él.

Dando á estas reflexiones morales toda la importancia que en sí tienen en el ejercicio de las profesiones, segun los diferentes sucesos que pueden ocurrir y sobre todo cuando se toma una terminacion funesta: dice Petit, guardaos de presentar unas esperanzas demasiado grandes, y decid á menudo á los que quisieran que les descubrieseis el porvenir: la esperanza es un árbol precioso, debajo del cual se toma refugio en la tempestad y cuya sombra tute'lar hace menos ardiente el sentimiento del dolor; pero todas las flores, de que está adornado, no deben dar frutos, todos sus frutos no llegan á la madurez, y aun entre estos muy pocos se escapan del gusano roedor, ó de los tempestuosos aquilones. Esta sábia y sagaz metáfora de Petit, nos da bien á entender, que el facultativo solamente se valdrá de la simulacion para el bien de quien se vale de sus conocimientos, y en los casos en que realmente convenga infundir con ella una esperanza saludable que pueda contribuir mas ó menos á la curacion de los animales enfermos, se usará siempre con la moderacion debida, dando solo unas esperanzas inciertas en los casos de un éxito funesto, en que la ocultacion entera de la verdad sería demasiado patente y probablemente peligrosa, pues no se oculta ni debe ocultar á los profesores que los pronósticos deben ser arreglados á los sanos principios de la ciencia y el que separa de ellos obra mas bien que como profesor como un verdadero charlatan.

El profesor debe igualmente poseer como una de sus principales virtudes y calidades la *prudencia*, que segun el concepto de muchos aun ha de ser superior á su erudicion y doctrina. Hay muchos, hablando generalmente entre profesores, que no tienen un gran juicio; aunque de otra parte son muy doctos. otros echándolo de eruditos, y refiriendo en sus conversaciones y escritos catálogos de autores, ignoran el modo como debe conducirse la curacion de una enfermedad por carecer completamente del juicio práctico que se necesita para ella; y sin embargo de este defecto puede enseñar bien á sus discípulos, y ser útiles en el bufete, por lo que puede decirse que todos los profesores son mas ó menos útiles; pero no por eso carecemos de mas ó me-

nos defectos. Por todas estas circunstancias se deja conocer que el mas prudente es el mejor, porque la prudencia es la reguladora de todas las demas virtudes y calidades facultativas, que dirigidas por ella, vienen siempre al caso, se ejercen en el debido lugar y tiempo y no esceden el justo medio que les corresponde para producir el fruto conveniente, cuando mal dirigidas facilmente caen en alguno de los extremos y se hacen muy desagradables por carecer de la oportunidad, temple y razon que solo puede darles la prudencia. Esta preciosa cualidad, acaso la mas recomendable de todas las buenas cualidades del hombre público, pone al facultativo en estado de saber acomodar perfectamente las reglas del arte, sus acciones y palabras, todo su porte y conducta á cada caso particular, y á las diferentes circunstancias de los lugares, tiempos y personas. Asi los venerables médicos de la antigüedad no olvidaban de añadir á las estatuas y pinturas de Apolo y Esculapio una serpiente como símbolo de la prudencia.

Se puede asegurar con el testimonio de todos los profesores instruidos, que la veterinaria es una de las ciencias que piden mayor prudencia, y en eso consiste sin duda, ser tan raros los profesores buenos; porque ademas se encuentran pocas veces juntas en un hombre las cosas que necesita para ser prudente. La prudencia médico-veterinaria es una virtud tanto mas difícil, cuanto un facultativo ha de poner la atencion mas escrupulosa en todo lo que dice, y hace para poder asegurar que la posee. Nada debe ser indiferente en el profesor, y cualquiera accion ó palabra que en otro sugeto sería quizá muy insignificante, ó á lo menos poco trascendental, puede ser en el facultativo mas ó menos imprudente y traer unas consecuencias perjudiciales. Siempre se ha tenido por un defecto, el que algun hombre se escuche cuando habla; pero si esto puede dispensarse y permitirse debe ser á un profesor, porque sus palabras, acciones y gestos se interpretan casi siempre desfavorablemente á su persona.

Solo la prudencia puede hacer al facultativo llevar los disgustos y sinsabores de que casi siempre se halla rodeado, y por ella sabrá discernir los varios casos en que deba ser indulgente con los dueños de los enfermos y los asistentes, ó usar al contrario, de severidad para poner á cubierto su buen nombre y reputacion, y dar á la ciencia el honor que le corresponde, porque no siempre se está de temple de tolerar y aguantar impertinencias vejatorias, pues lo que al profesor únicamente le incumbe es hablar poco y con comedimiento, persuadir con instancia el uso de algun remedio siempre que

crea ser útiles que dar lugar á que se lo propongan, insistir constantemente en un mismo plan curativo aunque se eche mano de medicamentos diferentes, visitar á los enfermos todas las veces segun que lo exija la gravedad del mal y dar sus pronósticos con toda franqueza y claridad, y por último, conocer y acertar los diferentes tiempos, casos y circunstancias en que debe emplear sus calidades físicas y morales, no menos que sus conocimientos y la justa y útil medida con que haya de emplearlas.

Conviene sobre todo, que el facultativo no se someta jamás á ofrecer sus servicios y asistencia sin ser llamado por los interesados; porque esta mala cualidad, que por desgracia está en práctica, suele traer consigo su deshonor y la de la ciencia, porque los profanos se aperciben facilmente de esta debilidad de los hombres, y forman un mal juicio de sus conocimientos, y es un precedente fatal y desastroso para su porvenir.

La cualidad de que estamos ocupandonos en este artículo la continuaremos en otro, porque creemos conviene estender todo cuanto sea posible nuestras ideas sobre ella.—G. S.

PATOLOGIA Y TERAPEUTICA.

Tumores huesosos que se observan en las mandíbulas del ganado vacuno.

Los huesos de la cabeza de los rumiantes están muy expuestos á los tumores huesosos, conocidos con el nombre de exostosis ó sobre huesos. Casi todos proceden de contusiones y se les observa con mas frecuencia en las partes laterales de los propios de la nariz, maxilares superiores, en el lagrimal, cigomático y tuberosidades de la mandíbula posterior. Suelen confundirse con la inflamacion crónica del periosteo ó de las partes que la cubren, cuando hay induracion, lo cual nada tiene de extraño por lo fijo y duro que es este tumor, y porque solo durante el curso de la enfermedad es cuando puede decidirse la no existencia del exostosis.

Sin embargo, los tumores del periosteo y de los tejidos que le cubren son por lo comun mas voluminosos, redondeados, crecen con mas lentitud, y el tejido celular subcutáneo endure-

ciéndose, suele ser frecuentemente el sitio de un absceso enquistado, sobre todo si el animal se ha frotado la parte enferma. Abierto el absceso y destruido el quiste, la cicatrizacion tarda mucho en verificarse. Examinados estos tumores en las reses destinadas para el abasto público, se encuentra el periosteo engruesado, por lo comun rubicundo, ya sea que el tumor se haya abierto de por sí, ya lo haya hecho el profesor: pero el hueso se conserva intacto. Se curan con facilidad por medio de unturas escitantes, que casi siempre producen la supuracion. Cuando los tumores no son muy voluminosos se resuelven por los fundentes locales.

Ademas se encuentran otros tumores que tienen su asiento en el tejido celular, que no deben confundirse con los del periosteo, que son movedizos y se curan con la mayor facilidad.

Los tumores huesosos de la cabeza varian de volúmen, ya tienen el tamaño de un huevo de gallina, ya el de un pan redondo de tres libras, sin contar los tejidos de un grosor enorme que los cubren. En su desarrollo se observan diversos periodos: 1.^o simple tumefaccion del hueso, que ha conservado su densidad; 2.^o el tumor adquiere mayor tamaño, el hueso cambia su densidad y figura; 3.^o el osteosarcoma reemplaza en parte al exostosis; 4.^o el tumor se abseada, y 5.^o se abre, quedando fistulas y fungosidades en la abertura de estos.

1.^o La simple hinchazon del hueso se cura con el ungüento de mercurio y el fuego, cuyos medios han producido los resultados mas felices sobre todo en la mandíbula inferior, en la cual los tumores son menos dañosos que en la superior por el grosor y densidad del maxilar.

2.^o Cuando el tumor tiene ya el tamaño del puño, son insuficientes los medios indicados, al menos para obtener la curacion. Sin embargo, se han visto tumores que han cesado por su uso; pero lo comun es que no produzcan el menor efecto, y que el fuego active el mal, con particularidad cuando existe un foco purulento, á pesar de que desgraciadamente no existe medio alguno cierto para conocer esta complicacion. Antes de hacer una operacion grave, debe cerciorarse el profesor, cuanto sea posible, si el tumor pertenece en su mayor parte al hueso ó si está formado casi en su totalidad por los tejidos que le cubren. Para esto basta introducir en el tumor un bisturí cuya punta se dirigirá con cuidado hácia el hueso en el que se detendrá. Si el exostosis no es voluminoso, se aplicará el fuego ó los ungüentos irritantes; en el caso contrario se procederá á la escision del tumor.

Para obrar con método, se harán dos incisiones longitudinales que se reunirán hácia sus extremos de modo que formen en

el centro del tumor como una raja de melon: se disea esta parte de la piel y se quita, luego se disecan los tegumentos que quedan en las partes laterales del tumor; se inciden con el bisturí ó con la hoja de salvia las induraciones celulares para poner el hueso al descubierto. Con un escoplo y un mazo de madera se corta el hueso. No es raro encontrar en esta época de la enfermedad un foco purulento ó una reunion de materia grumosa, blanquizca ó amarillenta: se quita, y despues se continúa la escision hasta dejar el hueso lo mas liso que sea posible. Cuando la hemorragia es abundante, lo que es raro, se detiene con el cauterio actual. Se cubre la herida con estopas secas y se hace una sutura entrecortada, con la precaucion de no fijar los extremos del cordone para facilitar las curaciones sucesivas, que deben hacerse solo con estopas picadas y secas. Basta con tener la herida limpia, siempre que la cicatrizacion no experimente obstáculo para el desarrollo de carnes fungosas que deben canterizarse ó por la caries del hueso que tambien es necesario cauterizar.

3.º Cuando hace mucho tiempo que existe el tumor se pone carcinomatoso, el hueso se reblandece en bastantes puntos, principiando por las partes exteriores. El único remedio que puede oponerse, es la escision total del tumor y la canterizacion de los puntos enfermos del hueso que no se han podido quitar con el instrumento cortante. Las porciones carcinomatosas se quitan, como las induraciones, con la hoja de salvia, y el resto del tumor con el escoplo y el mazo. Suelen encontrarse en medio de estos tumores colecciones purulentas de diverso color, amarillas, blancas, verdes ó negruzcas, ya líquidas, ya blandas, y á veces duras y grumosas, por lo comun de olor infesto, aunque tambien las hay casi inodoras: se encuentran contenidas en una cavidad única ó en muchas, separadas por tabiques huesosos ó carcinomatosos, cuyas cavidades unas veces están aisladas y otras comunican entre sí, teniendo sus paredes lisas ó desiguales, cubiertas de pezoncitos celulo vasculares, negruzcos ó lividos.

4.º Si el tumor carcinomatoso se abandona à si mismo, el centro, que se abscesa primero, presenta senos ó focos mas ó menos estensos, el absceso se hace cada vez mas superficial y hay fluctuacion. En tal caso se le abre, evacua, corta la induracion, lo mismo que las partes carcinomatosas y exostosis, cauterizando el fondo de la herida.

5.º Lo comun es que el absceso se abra espontáneamente en consecuencia del descuido ó ignorancia del mayor número de boyeros que emplean remedios caseros mas perjudiciales que útiles ó al menos insuficientes en los momentos mas críticos. Hay empiricos que casi hacen lo mismo que ellos, y cuando mas quitan la

malta sangre que, segun ellos, sostiene el mal, para lo cual hacen una incision y ligan una porcion de músculo cuando no encuentran la ramificacion venosa; suelen tambien hacer una sangria en el paladar ó en las encias inferiores, cualquiera que sea el sitio que ocupe el tumor. Su remedio extremo es la aplicacion del sulfuro amarillo de arsénico ú oropimente. Algunas veces consiguen buenos resultados, pero es cuando el tumor pertenece á las partes blandas mas bien que al hueso, creyendo haber hecho una cura asombrosa por desconocer que la misma naturaleza suele triunfar de la lesion siempre que no pasa de este grado. Sin embargo, no es raro el que abusen de este y otros causticos acarreando accidentes demasiado graves.

En algunas ocasiones se cubre el tumor de mayor ó menor número de elevaciones sin pelo, rojizas, blandas y que se abren por sí mismas, arrojando un pus de color variable; á veces las reemplazan fungosidades del tamaño del puño, colocadas en un punto de la circunferencia de la fistula ó bien esta se encuentra en el centro. Llegada la enfermedad á tal grado es muy difícil triunfar de ella; lo único que puede hacerse es detener sus progresos, impedir que la res enflaquezca, y estando en carnes destinarla para la carnicería. Los medios extremos para remediar este desórden complicado consisten: 1.^o en la escision de la induracion y de las fungosidades, carcinomas y exostosis; 2.^o en la canterizacion del fondo de las fistulas y de los senos. Despues se hace la cura como ya queda encargado. Los cuidados posteriores deben ser muy asiduos, porque cada momento hay que cauterizar las vegetaciones que crecen en toda la estension por bien que se haya operado desde un principio.

Por último, cuando el mal se ha propagado á casi toda la cara, que el tumor es aplanado, está sembrado de fungosidades y de aberturas fistulosas, deben cortarse las vegetaciones y cauterizar el fondo de las úlceras, con lo que se detienen los progresos desastrosos de una lesion incurable.

En comprobacion de lo espuesto haremos la historia de tres observaciones que se citan en el *Diario de medicina veterinaria y comparada* que se publica en Paris.

Una vaca de tres años tenia todo el lado izquierdo de la mandíbula anterior mucho mas abultado que el derecho; cerca del ángulo nasal del ojo se elevaba una porcion rojiza, granugienta, parecida á un hongo pero con su base ancha; al lado de esta, vegetacion principal existian seis mas pequeñas semejantes á las yemas de los hongos.

Se cortaron y cauterizaron profundamente las vegetaciones, pero no se tiró á tierra la res por estar preñada. A los trece dias

se desarrollaron con mayor fuerza las vegetaciones, y hubo que arriesgarse á tirarla al suelo con el mayor cuidado; se incidió la piel procurando tocar lo menos posible á las vegetaciones para evitar la hemorragia. Con el bisturí se cortó la induración blanda y el osteosarcoma, penetrando hasta el conducto submaxilar que también estaba alterado, pero con la precaución de no herir la arteria submaxilar ni la ramificación nerviosa del trifacial, en razón de que hubo que penetrar hasta los alvéolos. Después se cauterizó, terminando la operación con una sutura enclavijada que sostenía las estopas empapadas en tintura de mirra, y permitiera renovar el aparato cuando se creyera conveniente. A los 35 días de tratamiento estaba la herida cicatrizada, sin haber tenido que hacer en el intermedio más que cortar y cauterizar las vegetaciones huesosas que se presentaban y hacer las curaciones con la tintura de mirra, único medicamento que se empleó.

Un buey de dos años tenía un tumor huesoso en la parte inferior é interna del brazo izquierdo del maxilar, siendo tal su volumen que llenaba gran parte del canal exterior é impedía la deglución. Se tiró el animal á tierra, se incidió la piel que cubría el tumor, se puso el hueso al descubierto, y con un escoplo y un mazo se estirpó la tumefacción, de modo que después de la operación tenía el hueso enfermo el mismo volumen que el otro. El tumor contenía en su interior una materia oscura, interpuesta entre las muchas láminas que formaba la sustancia huesosa, cuya materia granugienta parecía ser la sustancia medular que, como el hueso, había variado de naturaleza. Se cauterizó casi toda la superficie de la herida, la hemorragia se contuvo con facilidad, y se puso el aparato como en el caso anterior. Las escaras cayeron á los 15 días, y el buey quedó curado un mes después de la operación.

Otro buey de seis años tenía un tumor huesoso en la cara externa de la rama derecha del maxilar, el cual se prolongaba sobre la arteria facial y el conducto parotídeo. A pesar de estos obstáculos, se logró estirparle sin herir partes tan esenciales. La cicatriz era poco aparente; había habido fractura de la lámina esterna del hueso maxilar, lo que facilitó el acrecentamiento del tumor.

Varios casos, aunque menos graves, han proporcionado hacer la misma operación y siempre se han obtenido los mismos resultados.—N. C.

ACLARACIONES HOMIOPATICAS.

Cuando en el número 68 del Boletín digimos, al escribir el artículo de *Polvareda científica*, que no dudábamos el que se nos darían las pruebas para demostrar los hechos en aquel lugar

citados, estábamos convencidos de que no faltarian á su palabra los que á tal cosa se habian comprometido; pero no creyeron era tan ejecutiva y perentoria la manifestacion, hasta que han visto lo que espresamos en el número anterior relativo á este asunto.

En efecto, en la redaccion se encuentra un escrito sobre poco mas ó menos en estos términos: «Con el nombre de curaciones homeopáticas se lee en el número del 19 de diciembre un comunicado firmado por D. Anselmo Alonso Pardo, que, celoso sin duda por los adelantos en la medicina veterinaria, quiere probar los buenos efectos del sistema referido. Por casualidad podemos, y sin tratar de zaherir en lo mas mínimo la reputacion de ningun profesor, referir lo que hay de positivo en el resultado de las cantidades infinitesimales administradas ó que se han mandado administrar.

Remitimos, señores redactores, la toma 2.^a que se cita en el comunicado, y que se dice dió al caballo del general Serrano, la cual es tal como se mandó, para que puedan con toda certeza asegurar el efecto que habrá podido producir en las membranas sinoviales de los menudillos del citado caballo, y que se supone lo hizo con mucha rapidez y eficacia.

Con relacion á otras curaciones homeopáticas emprendidas por el mencionado Pardo, no debe quedar en el silencio lo acaecido con un caballo propio de D. Bernardo Castillo, que existe en la calle del Caballero de Gracia y que padecía el lamparon, el cual tenia si mal no nos acordamos unos 25 tumores en estado calloso, que se contaron para ver en cuanto tiempo desaparecian, que segun promesas debian hacerlo en menos de ocho dias. A los dos meses existian los mismos 25, y ademas otros nuevos en la parte superior y lateral esterna del muslo, sitio opuesto al de los primitivos.

Un caballo tordo del general Serrano que se curaba homeopáticamente para quitarle el defecto de tiro, dando por resultado quedar lo mismo que estaba.

Otro del Sr. de Borrell que padeció una espundia, y cuya curacion se atribuyó á una toma homeopática, que el mozo tiró á un camaranchon, habiendo desaparecido por el método antipático.»

Existen en efecto en la redaccion dos tomas homeopáticas, una con un letrado que dice *ingles* y otra con el de *tordo*, que el Sr. Pardo creyó haber dado en sus curaciones, y tal vez observado sus admirables resultados. Nada decimos ahora porque lo reservamos para ocasion mas oportuna, y sentimos haber tenido que extraer el escrito á que nos referimos por motivos fáciles de conocer al ver la pequenez del periódico.—N. C.